



SEMANARIO POPULAR.

PERIODICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 25.

JUEVES 20 DE AGOSTO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo II.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LOS FERRO-CARRILES.—EL SASTRE CHINO, por Carlos Muller.—EL TRIUNFO DE LA CIENCIA, por Angel Laso de la Vega.—EL MEMORIALISTA, por Adolfo Miralles de Imperial.—LA CIUDAD DE NAPOLES.—LA CIUDAD DE VIGO.—CARLOS III y GIBRALTAR.—CUENTOS MORALES: Dellina ó la cura feliz, por Madama de Genlis (Conclusion).—TORNEOS DEL SIGLO XV.—LOS BAILES DE CANDIL.—REFRANES HIGIENICOS.

LOS FERRO-CARRILES.

Los caminos públicos son indudablemente una medida bastante exacta del estado de civilizacion de los pueblos y de la bondad de sus gobiernos.

Esta verdad está bien demostrada por la historia y corroborada á cada paso por la experiencia.

Las vías ó caminos públicos eran las obras mas grandes ó importantes de los romanos. Construidos con imponderable fatiga y gastos asombrosos, llegaban por todas partes hasta los últimos confines de aquel vasto imperio. Empleaban en ellos piedras de diferentes tamaños tan artísticamente unidas que parecían un solo cuerpo. La primera capa se componía de piedras toscas cimentadas con cal: la segunda el casquijo, y á los lados del camino, que tenía la anchura suficiente para que pudiesen ir dos carruajes á la par, se construían unas aceras de piedra un poco elevadas sobre el pavimento, á las que se daba el nombre de «margenes» y servían para los viajeros de á pie. Las millas se contaban desde las puertas de Roma y estaban marcadas en mojones colocados en toda la estension de la vía.

Afluían por todas partes á los caminos principales otros de travesía, que llamaban «divertícula» y guiaban á puntos menos importantes, y había posadas para descanso del viajero y lugares á que se daba el nombre de «mutaciones» destinados á cambiar las caba-

llerías los correos, que en aquellos tiempos se limitaban á trasportar con celeridad los despachos públicos y la correspondencia del Estado.

Aun admiramos magníficos puentes contruidos por aquellos soberbios dominadores del mundo; y hoy contempláramos con asombro el que Trajano hizo levantar sobre el Danubio si la envidia no hubiera sugerido á Adriano la descabellada idea de destruirlo so pretexto de impedir el paso á los bárbaros. Este grandioso monumento del poder y riqueza de los romanos se sustentaba sobre veinte pilares de piedra de sillaría de 150 pies de elevacion, sin contar los cimientos, y de 60 de peso. Estos pilares distaban unos de otros 170 pies y el puente tenía cerca de una mila de estension.

No nos detendremos á esplicar la policía de estas magníficas vías. Nuestros lectores comprenderán fácilmente el cuidado que en la conservacion de ellas pondría aquella gran nacion que tan profusamente derramaba el dinero para facilitar las comunicaciones á pesar de que no daba la importancia que nosotros á la industria y al comercio. Hemos hecho esta breve reseña de las vías romanas para probar que los caminos dan una idea del progreso de los pueblos.

Comparemos el estado que tienen en nuestros tiempos los caminos en Africa, Europa y América y veremos que cuanto mas culto y mejor gobernado está un país, mejores vías públicas tiene, y que cuanto mas medios de comunicacion tanta mayor es su riqueza.

En efecto, las sociedades, lo mismo que los individuos, ni se desarrollan ni robustecen sino por el movimiento que es el principio de la vida. Sin la comunicacion física y moral, así los individuos como los pueblos no podrían prestarse mutuo apoyo. Sin apoyo no podrían producirse muchos artículos y los producidos en un punto no podrían trasportarse á otro. Por favorables que sean las facultades productoras de un distrito, si carece de caminos para la estraccion de los productos, no podrá cam-

biarlos por los de otros pueblos y su produccion no podrá esceder de la corta cantidad de artículos que los naturales consuman.

Para convencerse de la poderosa influencia que la facilidad de las comunicaciones ejerce sobre los progresos de la industria y de las luces, basta observar que los pueblos del litoral han prosperado siempre mucho mas que los del interior con terreno infinitamente mas estéril.

Un buen camino y un canal de navegacion, dice un célebre economista, deben considerarse como las máquinas mas eficaces para promover la industria. Por su medio se economizan á la vez capital, trabajo y tiempo. La mas rápida comunicacion equivale á disminuir las distancias; facilita las permutas; acelera extraordinariamente la produccion; estiende las luces; hace mas espedita la administracion de justicia y mas compacto el territorio de una vasta nacion.

Si las buenas carreteras proporcionan tantos beneficios ¿qué diremos de los ferro-carri-les? La prodigiosa celeridad del vapor; su gran fuerza combinadas con la forma especial de la vía que recorre, han reducido de tal manera las distancias, que pueblos separados por centenares de leguas han venido á ser vecinos que en muy pocas horas pueden comunicarse. Millares de personas se trasladan con pasmosa facilidad en un momento á puntos lejanos, y multitud de mercancías se trasportan á las mas apartadas localidades con menos dificultad é inconvenientes que los que hace pocos años ofrecía el conducirlos en un trayecto de un par de leguas. La grande economía de tiempo y de dinero sirve de estímulo al hombre para viajar, bien por mera curiosidad ó recreo, bien por estudio, bien por razon de sus negocios. Esta economía abre al productor mercados á que antes no podía llevar sus producciones sin esponerse á una pérdida segura por los crecidos gastos del trasporte, y proporciona al consumidor baratura en el precio de unos artículos y la facilidad de adquirir otros de que

antes se encontraba privado. El comerciante halla mas basto campo para sus especulaciones y mayores y mas seguros medios de emplear su capital. El agricultor saca mayores utilidades del cultivo y redobla el trabajo. Las tierras que le daban mas fruto que el que podia consumir y vender no le bastan para producir el que puede esportar.

Hé aquí las ventajas de los ferro-carriles. A esta preligiosa invencion del siglo XIX, que tiene mas títulos á calificarse de maravilla que las demás obras del hombre, que como tales ha admitido el mundo, deben el comercio, la industria y la agricultura sus progresos; la civilizacion su desarrollo. Por este útil y poderoso invento la administracion hace alcanzar á todas partes su benéfica influencia y acercándose unos pueblos á otros estrechan sus lazos sociales, participan en comun de su industria, de sus artes y sus ciencias, y hasta de su prosperidad ó su desgracia. Enlazando las vías ferreas entre sí los pueblos esparcidos en los diferentes puntos de un extenso territorio, contribuyen á formar las naciones y darlas aquella unidad que es el resultado de la igualdad en hábitos, necesidades y costumbres, obra siempre del frecuente trato que las relaciones comerciales establecen.

El descubrimiento de la brújula ha hecho al hombre señor de los mares. La aplicacion del vapor le ha dado el dominio de los elementos y ha puesto el mundo á su disposicion.

No es, por tanto, extraño que diferentes naciones hayan querido atribuirse la gloria de haber sido las primeras en descubrir tan portentoso motor. Los ingleses pretenden que las máquinas de vapor son invencion suya, pero es cosa averiguada que 120 años antes de la era cristiana Hieron de Alejandria habia descrito ya los principales efectos del vapor y parece que el célebre mecánico y navegante español Blasco de Garay hizo con buen éxito el ensayo de su aplicacion en un buque de 200 toneladas llamado *La Trinidad* en Barcelona el 17 de junio de 1543, si bien Carlos I empeñado en sus conquistas, no prestó apoyo al inventor, limitándose á darle una suma de doscientos mil maravedises y á hacerle algunas mercedes.

Salomon de Caus, arquitecto é ingeniero francés, tambien imaginó en 1613 un procedimiento para emplear el vapor como fuerza motriz y Mr. Arago ha tratado de probar que éste fue el verdadero inventor de tan importante máquina. Pero Jacobo Watt y Roberto Fulton ingenieros escocés el primero y anglo-americano el segundo, puede decirse que fueron los primeros que tuvieron la suerte de aplicar el vapor en este siglo, inventando el último el *Steam Boat* ó buque de vapor.

En 1649 un tal Beaumont inventó los «rail-waips» para trasportar el producto de las minas de Newcastle, y aunque la invencion lejos de labrar su fortuna le acarrió su ruina, como ha sucedido á otros muchos hombres que han dejado grandes legados á la posteridad, ya en 1676 habia algunos caminos de esta clase, por los cuales se conducia el carbon de piedra desde las minas á los rios inmediatos. Estos «rails» ó carriles, menos perfectos que los del día, eran de madera, y corrian por ellos enormes carretones con tanta facilidad, que un solo caballo podia arrastrar de ocho á diez mil libras de peso. Hoy conocemos ya los ferro-carriles de sangre y algunos de nuestros lectores habrán tenido, acaso, ocasion de ver las ventajas que para el trasporte ofrecen sobre los caminos ordinarios.

En 1826 se introdujeron en América los caminos de hierro, y cuando nosotros carecíamos de carreteras y ni aun sabíamos lo que eran diligencias, el vapor recorría en todas direcciones centenares de leguas en el nuevo continente.

Para comprender toda la importancia del vapor y sus inmensas ventajas basta considerar que si fuese posible construir un ferro-carril que diera la vuelta al mundo bastarian

para recorrerle cuarenta y cinco dias y pocas mas de cinco horas. Si comparamos este resultado con el que obtendría el hombre en el estado primitivo veremos que necesitaria mas de dos años para dar la misma vuelta; suponiendo que pudiera hacer jornadas de diez leguas al día.

EL SASTRE CHINO.

Cuando los ingleses se hubieron establecido en la isla de Chusan, hallóse en el caso un oficial inglés de necesitar un nuevo uniforme; y como no estaba presente el sastre del regimiento, fue forzoso servirse de un sastre chino, á quien se dió el encargo, y por modelo un viejo uniforme que tenia un remiendo en la espalda. El chino evacuó el cometido, y pocos dias despues hizo entrega del nuevo uniforme. Pero el maestro se habia atendido escrupulosamente á la muestra que se le habia dado, y por lo mismo no habia olvidado el remiendo consabido. Asi lo refirieron los periódicos ingleses, en la época de la guerra chino-británica, como una prueba de la ciencia china. Con todo, no fue aquello mas que una muestra de servil minuciosidad, de la que adolecemos todos, aun los que mas nos jactamos de dar la mayor perfeccion á nuestras obras.

Y cierto que hoy no hay para qué ir á la China para encontrar obras por el estilo; pues nuestra vida diaria nos ofrece, asi en artes como en oficios, y en todo, en casa y en la calle, mas ejemplos de lo mismo de lo que tal vez se presume. Los mas de nuestros maestros y oficiales trabajan sin ningun conocimiento de las leyes naturales, guiándose por una antigua muestra ó una receta mas antigua todavía. El fabricante de jabon la recibió de su maestro, éste del suyo, y asi subiendo. Tres ó cuatro años hubieron de emplear para aprender escasamente, por una antigua receta, á hacer su legía y á saponificar el sebo. Ninguno de ellos supo una palabra de oleína, estearina, margarina, ni de aceites, ni de grasas, ni de sus combinaciones para formar jabon con álcalis. Ninguno aprendió á conocer la ley, por la que la sosa forma un jabon sólido, y la potasa un jabon blando; porque el emplasto simple ó de plomo del boticario no es asimismo mas que un jabon que se formó de las materias del aceite y óxido de plomo. Cada cual sigue trabajando á tenor de su receta; y todo va bien, en siendo constantemente las mismas las partes constitutivas. Pero llega el día menos pensado una leve diferencia, y el fabricante se ve perplejo y quizá arruinado. Otro fabricante se da al diablo, porque su jabon no tomó espontáneamente, en la caldera de hierro, las rayas negras que le dan aquel jaspeado tan conocido, circunstancia tenida por el público como indicio de buen jabon. Verdad es que sin saberlo, entregaba á sus parroquianos, con el jabon blanco, un jabon mas fino; pero estos preocupados, porque tambien suelen ser ignorantes, no lo quisieron y fueron á buscarlo jaspeado en otra parte, aunque no tan bueno. El cuitado fabricante estaba hecho un tonto, porque no sabia que las rayas negras proceden únicamente de las combinaciones que forma el hierro con el azufre contenido en algunas partes constitutivas de la legía y que él hubiera podido formar artificialmente. De este modo se arruinó el fabricante, y tambien se equivocaron sus parroquianos.

Tampoco sabia el litógrafo que, donde se usa como combustible el carbon de piedra, se desprende hidrógeno sulfurado ó sulfido hidrico de los sulfatos del mismo, y que dicho hidrógeno produce con las sales de plomo, combinaciones negras ó pardas de sulfuro de plomo. De ahí fue que, sin ningun cuidado, colocó en su aposento calentado con carbon su papel barnizado, ya dispuesto con carbonato de plomo ó albayalde; y pocos meses despues, vino á quedar inútil por pardo y perdió su

tiempo y su dinero. Feliz el pintor que no ignora que no es posible mantener en buen estado las pinturas al óleo en las ciudades donde se usa el carbon de piedra, porque los colores de las mismas en cuya composicion entra el plomo, suelen ennegrecerse constantemente con el gas hidrógeno sulfurado del carbon consumido. Tambien el librero hubiera podido aprender del pintor á conservar sus lindas y lujosas encuadernaciones. Ya está visto que, sin conocer las leyes de la naturaleza, están espuestos, lo mismo el artesano que el artista, á mil accidentes que no está en su mano el evitar, porque ignoran la causa que los acarrea.

El habitante de las Punas, en los Andes del Perú, á una elevacion de 14,000 pies sobre el nivel del mar, sube trabajosamente á sus alturas las patatas y la carne que fué á comprar en el llano; por cuanto abajo, en el valle, vió cocer perfectamente la carne y las patatas. Pero las patatas de su pais y la carne de carnero de su pais, no quieren reblandecerse en sus alturas, por mas que hierva el agua en el puchero. Por fin, llega á sus altos hogares con los comestibles del llano, y los hace cocer y mas cocer con el afán de sacar el vientre de mal año; pero ¡ay! que los comestibles del llano se ponen tan díscolos y rebeldes en sus alturas como los de las mismas. Nada sabe el cuitado del aire enrarecido, de la menor presion de aire en las altas montañas; ignora el pobre que á tal menor presion de aire, hierva ya el agua á menos de 80° de Reaumur, y que por lo tanto no puede reblandecer con la coccion, sus alimentos. Acá en Europa no somos tan necios, y nos burlamos del ignorante morador de las altas Punas peruanas. ¡Pero mirad! en este momento ha puesto sobre la mesa la madre de familias una gran fuente de lentejas. Ya esparce su halagüeño aroma el plato predilecto de Esaú. Mas ¡ay! que las lentejas están durísimas. Su marido y sus hijos arriman la cuchara, y la pobre mujer está mirando las lentejas toda atónita y condolidas; pues no sabe que toda legumbre cocida en agua cruda forma una combinacion insoluble é indigesta con el contenido calizo del agua, al paso que una añadidura de sosa ó potasa al agua hubiera precavido este accidente y puesto de buen humor á su marido y á sus hijos. ¡Pobre mujer! ¡Tales son las resultas de desconocer las leyes de la naturaleza!

¿Y cuál es la causa de tanto yerro? La causa está en que los mas solo se curan de la forma ó de la receta, y del por qué nadie. Asi es como tenemos el sastre chino en las calles, en las casas, en las fábricas, en los talleres; tambien le tenemos en las personas que se llaman cultas, aunque privadas de conocimientos de las leyes de la naturaleza. Le tenemos entre los labradores que dejan para las aguas infectas, cuando distribuidas por los barbechos, equivaldrian para ellos á oro en polvo. Le tenemos en los pueblos que, por una patarata, dejan desmontar sus sierras, para tener en breves años peñascos desnudos, rios y arroyos sin agua, dehesas abrasadas, hambre y miseria, desmoralizacion y crímenes, perdicion y yerros. Le tenemos en el pintor que pinta los aposentos de verde arsenical para emponzoñar lentamente á los dueños é inquilinos. Ignora el necio que, en los cuartos húmedos se desprende de aquella pintura el gas hidrógeno arsenicado, que es uno de los gases mas venenosos. Tenemos asimismo el sastre chino en el médico que pone en una receta veinte sustancias medicinales diferentes, de las cuales el efecto de la una neutraliza el de la otra, ó que, aun cuando obren de consuno, no le dejan reconocer cuál de ellas fue la bienhechora. De este modo se va copiando siempre la misma receta, para que no venga á perderse la moda de la edad media, de aquellos tiempos bárbaros que algunos echan menos, en que se componía en Venecia aquella afamada triaca, en la cual entraban cincuenta sustancias medicinales, y que por una ley especial de aquella llamada república, debia prepararse por el alquimista en la plaza de San Márcos, en pú-

blico, y á la vista del senado. En una palabra, tenemos el sastre chino donde quiera que se proceda por tradicion antigua, y no por el debido estudio de las profundas á la par que sencillas leyes de la naturaleza. Tenemos tambien el sastre chino, que no nos dejará mentir, en ciertos ayuntamientos, que, en los edificios de nueva planta, solo se curan de lo exterior, esto es, de la vista y de lo interior, ó parte higiénica, nada. De ahí tantos bajos húmedos, nunca soleados, donde nacen generaciones escrofulosas y raquíticas, que apenas trasponen la niñez, ó que, en llegando á la edad adulta, son víctimas de la tisis. Como sastres chinos, tampoco se oponen á que se habiten las casas recién construidas, y los bajos y tiendas, mientras se están terminando los altos. ¡Y luego se extrañará que haya venido á ser endémico el reumatismo!

Sastres chinos hay tambien por altas regiones. Entre el mal que se deja hacer, citaremos de paso las corridas de toros, que dan al pueblo instintos feroces, acostumbrándole á ver verter sangre sin pestañear y con gritos de júbilo y bárbaro entusiasmo. ¡Qué mucho, pues, que sean tales espectáculos, donde, á sabiendas, se sacrifica á los dos animales mas útiles y sufridos que nos ha regalado el Criador, escuelas de crueldad y malas costumbres! ¡Vaya un modo de cultivar el sentimiento moral del pueblo!

Pero alto ya, que el sastre chino nos ha conducido mas lejos de lo que nos proponíamos. Sin embargo, fuerza es confesar que el mundo va progresando. Las necesidades del hombre, mas y mas agramantes, le harán mas digno de su alto destino. Cuanto mas se estravió la vida en sus múltiples relaciones, mas se persuadirán los pueblos de que necesitan una brújula que los lleve adelante y á salvamento. Esta brújula es el estudio de la naturaleza, ó de lo que llaman ciencias naturales. El tiempo lo traerá sin duda. Pero para conseguirlo, es preciso que el hombre lo llame y plante el grito en su corazon. Para tan grande logro han de trabajar todos, ya en sí, ya en otros. Los padres deben despertar estas nobles ansias en sus hijos. Con las leyes de la naturaleza en el espíritu, y la bondad en el corazon, vendrá á ser el hombre, finalmente, lo que quiso que fuese su Criador, el soberano del planeta que habita.

CÁRLCS MULLER.

EL TRIUNFO DE LA CIENCIA.

De admiracion henchido,
quiero el triunfo celebrar grandioso
de la ciencia sublime:
de ese don celestial, reflejo hermoso
que al hombre ennoblecido
su Dios le manda, y en su frente imprime.
De su flaqueza y del error exento
en la tierra domina
con ella, y soberano
avasalla el terrífico elemento.
¡Oh noble ciencia, emanacion divina!
¿Quién no ve en tí la incontestable prenda
de eterna vida? En tu profundo arcano
otro mundo mejor; ¿quién no adivina?
Dueño el mortal de la creacion entera
los espacios sin límites, ardiente
penetrar ambiciona
del anchuroso mar; y prepotente
en una y otra zona
ya con los medios de la ciencia impera.
Las borrascas domina, y en el vuelo
de su osada ambicion, rey de los mares,
sus ondas mugidoras
con bizarra osadía
hunde, y dirige sus tajantes proras
buscando allá en el cielo
segura senda y portentosa guía.

Cuando intrépido anhela
cruzar seguro los undosos reinos,
ya lo conduzca la flotante vela
á los claros dominios de la Aurora,
ya á donde estingue el luminar ardiente

su llama abrasadora,
al confin hiperbóreo,
ó á la region Antártica, la ciencia
poder inmenso le concede, y solo
arrostra los azares
que amagan su existencia,
audaz venciendo á los revueltos mares.

La ciencia sublimada
con benéfico intento,
del riesgo horrible en el fatal momento,
el bajo oculto y la insidiosa Sirte,
le mostrará en el golfo turbulento.
Las playas procelosas
donde quebraron sus nadantes quillas
firmísimos bajeles,
por tal siniestro con horror famosas;
la tierra hospitalaria,
y sus lares y plácidas orillas.
Ella tambien le enseñará segura
las varias direcciones
de las corrientes rápidas, y el tiempo
mas favorable á la excursion lejana
cuando en inciertos rumbos se aventura:
los medios poderosos
para vencer los irritados vientos,
hacer la furia de las ondas vana
é impávido arrostrar los elementos.

Vuela, pues, animosa
por las moradas del espacio escelsas
la ciencia luminosa;
divide en arcos la estension del cielo;
sus grados le señala:
para subir á la region etérea
ellos le sirven de brillante escala,
y allí sujeta á los fulgentes astros
á fijas leyes en su osado vuelo.

Cuando altivo disipe
las leves sombras con su viva lumbre
el disco refulgente
y ocupe rauda la celeste cumbre;
cuando del polo la radiosa estrella
espléndida se ostente,
la distancia de entrambos
del vértice sublime y la del eje
la ciencia, pues, enseñará potente:
y si cruzando la region remota
el nauta incierto se encontrara errante
por la ribera ignota,
perdido en medio de los mares, solo
consultando allí al polo
su duda inquieta cesará al instante.

Tambien la noble ciencia
que mil portentos sin cesar reúne,
la virtud prodigiosa
con que al hierro se une
la hercúlea piedra en amoroso lazo,
nos muestra, pues, á la atraccion pasmosa.
Del nudo estrecho de su amor proviene
de la píxide el uso,
que el curso indica que del mar conviene
en las vastas llanuras,
á las frágiles naves inseguras.

Sobre el eje sutil con fácil giro
una aguja acerada,
cual rica joya con afán guardada,
en espacio estrechísimo se mueve.
Del imán poderoso
apenas siente el amoroso influjo
y la invencible fuerza, ¡oh fé admirable!
cuando sus puntas con impulso leve
una al Boreas dirige, la otra al No'o,
asi mostrando al estudioso anhelo
del hombre audaz, en el país remoto
las regiones vastísimas del cielo.

¡Cuántos bienes encierra,
cuantos portentos en su seno breve
esta asombrosa maravilla! Ay cuanto
al verte lejos de tu amada tierra
tu gran tesoro á consultar acudes,
¡oh nauta infatigable!
A donde quier que mudes
en el inmenso piéla o tus rumbos,
la aguja misteriosa
te mostrará la senda favorable,
te apartará de aquella peligrosa.

Cuál benéfica guía
le fue menos segura
para el piloto de la Grecia un día
la Hélice brillante,

para el Tirio fue menos Cinosura;
pues aun en medio de la noche umbría
cuando Arctos se esconde
al duro navegante,
la férrea aguja le dirá por dónde
en las ondas violentas
están las rutas de peligro exentas.

Por esta ciencia se conoce y fija
la distancia prolija,
ó ya el lugar que sobre el ancho mundo
las regiones ocupan mas remotas
que aparta el mar profundo,
y en las antiguas épocas ignotas.

Con el auxilio de la ciencia cruza
el marino arrogante,
monarca del espacio,
las bravas ondas, y con giro inmenso
su aligero palacio
al uno y otro mar lleva triunfante.

Con ella vienen de remotos climas
los frutos sazonados,
los del índico reino, los que nacen
del ancho mundo en los opuestos lados,
y comunes se hacen
por los rápidos buques trasportados.

Por ella van á la region lejana,
que en la barbarie vive,
nuestras costumbres, y á la par recibe
los ritos santos de la fe cristiana.
¡Oh ciencia bienhechora,
de sublime renombre,
de admiracion y de alabanza digna,
que tantos bienes proporciona al hombre!

Rindamos, pues, á la divina ciencia
de gratitud el homenaje ardiente,
y siendo nuestra guía
el consorcio prudente
con la humana esperiencia,
gloria del mundo con su luz se ostente!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.

EL MEMORIALISTA.

El memorialista es una persona casi completamente desconocida en las aldeas; pero abundante en las capitales, sobre todo en esta villa coronada, donde todo abunda menos el dinero para los que tienen la desgracia de carecer de su amable compañía. Los memorialistas son una clase de la sociedad que se dedica á todos los trabajos materiales de la pluma y á alguno que otro moral, como escribir cartas, redactar anuncios y extender memoriales y solicitudes. Son poetas todos ellos, ó por mejor decir, *hacen versos*: aceptan comisiones y encargos, desde los mas pequeños á los mas difíciles, y se precian de buenos Mercurios, principalmente en lo que concierne á lo amoroso.

Todas estas ideas me las ha sugerido la casualidad. Con efecto, andando á la ventura, me encontré en un portal de una calle muy céntrica la siguiente notable muestra.

MEMORIALISTA.

Se escriben cartas en verso.

No dejó de llamarme la atencion este letrero; pero seguí mi camino, observando los demás que hallaba al paso: apenas habria andado cuarenta, cuando se presentó á mi vista un carton que pendia de un clavo y en el que estaban escritos estos versos, copiados con su misma ortografía:

ANUNCIO Á LOS ENAMORADOS.

Ven joven entusiasta, ven gozoso
Deja un momento tu habitual faena
El acervo dolor y la honda pena
De ese mar agitado y proceloso
Llamado Mundo: llega y bondadoso,
Ordéname escribir á tu morena;
Al bello ser que cuando mira halaga
Y vuelve al corazon vida y encanto:
Te serviré con celo, aunque no tanto
Que á mi sensible pecho satisfaga (1).

(1) Histórico.

Entonces me deluve: quise conocer al sensible memorialista-poeta, y no tardé mucho en verle asomar por detrás de su biombo. Era un viejo bastante calvo, con unos sucios anteojos caídos negligentemente sobre la punta de las narices, á las que aproximaba en aquel momento un terril le polvo de tabaco. Me quedé mirándole. Mil pensamientos cruzaron por mi imaginación.

Primer pensamiento: la sensibilidad de este hombre debe estar muy embotada con el abuso del rapé; no puede, por lo tanto, cumplir lo que promete en su admirable anuncio.

Segundo pensamiento: si como dice Campoamor,

«todo es según el color del cristal con que se mira»

este hombre debe verlo todo muy sucio al través de los cristales de sus gafas.

Tercer pensamiento: la calvicie reconoce por causas la edad, ciertas enfermedades ó trabajos mentales. ¿A cuál pertenecerá la de este literato?

Estas y otras muchas ideas andaban dando vueltas en mi cabeza y ya me disponía á marchar; pero me determiné antes á dirigirle la palabra, que si esta nos distingue de los irracionales, no debemos dejar de usarla, so pena de igualarnos con ellos.

—Buenas tardes, le dije.

—Muy buenas las tenga usted, caballero, con salud y pesetas, que es salud completa, como dice el refrán.

Y al mismo tiempo me miró de arriba á abajo, colocándose los anteojos, como para adivinar qué era lo que yo quería.

—Creo que me dispensará usted una pregunta. ¿A qué clase de trabajos se ciñe usted en su oficio,



Carlos III.

—En mi carrera (y recalcó esta palabra) no todos se dedican á tantas empresas como yo; pero la mayor parte copiamos documentos, escribimos memoriales, solicitudes, car-

tas en verso y en prosa y poesías, amatorias por lo general: prestamos dinero á interés módico, admitimos comisiones para colocar sirvientes ó sirvientas, novios ó novias y hasta combinamos algunos matrimonios: además...

—Pero para todo eso se necesita...

—Se necesita una gran cabeza, si señor, y una instrucción que... pero... en fin, ya ve usted si para el uso del papel se necesita: en el día, uno de los estudios mas fuertes y delicados es éste. ¡Oh! el papel judicial y el no judicial, el papel de multas, el papel del Estado, el papel de matrículas, el papel de...

—Si; y es lo extraño que el gobierno sea el primero que se equivoque en el uso del papel: en vez de papel de hilo para los cigarrillos lo pone de... de percalina.

—Justamente, de percalina. También tengo asuntos de este género, ¿entiende usted? Alguna cosilla que entra de *ocultis* y sale á luz pública como género ilícito.

—Género lícito creo que será la poesía de usted.

—Si, señor: no he podido nunca tratar de esas otras cosas en mis composiciones; y á mas, que lo que me piden no es de percalina, digo, de género lícito. Mire usted, vino un tendero hace muchos, muchos años: yo me casé hace treinta, eso fue seis antes de casarme, son treinta y seis, menos se-enta y tres, con... Déjeme usted tomar la pluma.

—No es necesario.

—La costumbre de tomarla.

—Vamos, fue el año 27.

—Caballito, el año 27. Pues señor, vino un tendero y me dijo que había puesto en la muestra de su casa muchos elogios de lo que vendía y deseaba colocar debajo una cuarteta, respondiendo de la veracidad de aquellos elogios. Yo escribí esta:

Lo que arriba dice es verdad
Y para hacerlo evidente
Nadie saldrá descontento
Aunque entre mucha gente (1).

Al poco tiempo había en Madrid mas de cien tiendas con mi poesía á la punta: me han dicho que en provincias también la habían copiado: mi nombre se iba haciendo conocido. ¡Ah, caballero, la gloria contemporánea es mucho mas sabrosa que la póstuma! Y, sin embargo, tuve mis disgustos; hubo tantos que se apropiaron como suya mi cuarteta.

—Lo creo, lo creo, y mil veces lo creo. El plagio, voz muy parecida á plaga, lo es verdaderamente y lo está siendo desde el principio de este pícaro mundo. ¿Qué hizo Eva, sino plagiar á la serpiente, y como idea propia, ir á seducir á su Adán, imitando á la enroscada?

—Ahora estoy haciendo un poema épico para dedicarlo al prínci-

(1) Histórico.



Vista de Vigo.

pe de Asturias. El primer canto empieza así:

Púdica y virgen flor que al mundo vienes
Al desierto te asomas mas horrible
Y ¡cuánta dicha tienes
Que el pueblo te recibe muy sensible!

No sabe usted el trabajo que me cuesta medir estos versos, unos de siete y otros de once

sílabas y á cuya combinacion, no ignorará usted que llaman silva...

—La merece, señor mio, la merece.

—Estimando, caballero; tengo mucho que hacer y me retiro con el permiso.

Y se ocultó, sin-hablar mas palabra, en una especie de tienda de campaña, hecha con lienzos y maderas.

Pensé desde luego escribir un artículo de costumbres, por la costumbre que hay ahora de escribir artículos; no he hecho mas que copiar C por B nuestro diálogo y esto no es pintar costumbres.

Yo no queria firmarle, pero despues de escrito se lo leí al héroe que me lo habia inspirado, le dije que iba á publicarlo y fue tal su



Pescador napolitano.

júbilo que me hizo prometerle que le regalara un ejemplar y que lo suscribiria con mi nombre, pues espera que vengan muchas gentes á buscarme para que les presente al sensible memorialista, amanuense, poeta épico, etc., etc.; y pongo etcétera, no porque concluyan ahí sus títulos que es lo que se hace vulgarmente, sino porque los suyos son innumerables como las arenas del mar, como las estrellas del cielo, como los disparates que él escribe y como los que yo mismo debo derramar á pluma llena en mis escritos.

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

LA CIUDAD DE NÁPOLES.

Nápoles ha sido hasta ahora la capital del reino de las dos Sicilias, recientemente agregado al Piemonte. Está situada en una posición deliciosa, en el fondo de un golfo y junto el

Vesubio, volcan que le da sus lavas para empedrar las calles, y las aguas que llevadas por un notable acueducto alimentan numerosas fuentes. Tiene Nápoles tres leguas y media de circunferencia, y su población pasa de 400,000 almas. Pasan de ciento las iglesias y de otros ciento los conventos, entre ellos Santa Clara, San Felipe Neri, la Anunciata, la catedral consagrada al patron de la ciudad San Jorge, de quien se guardan preciosas reliquias. Las calles son estrechas y las plazas generalmente irregulares, á escepcion de la del palacio real. Sus palacios son notables, si bien inferiores á los de Génova y de Roma. Los paseos mejores son los de la Platamona, del Corso y de Chiaja, sobre el borde del mar. Su teatro se llama de San Carlos, incendiado en 1816, y reconstruido despues con magnificencia. El puerto de Nápoles, obra de arte, está defendido por tres fuertes de San Telmo, que domina toda la ciudad y Castillo Nuevo. El traje de los marine-

ros y pescadores es muy pintoresco. Cuenta Nápoles, como es de suponer, con universidad, escuelas, academias y bibliotecas, y su comercio es muy respetable.

LA CIUDAD DE VIGO.

Vigo, la antigua *Vicus Spacorum* de los romanos, es una ciudad episcopal en Galicia, sobre el rio Vigo, con un puerto que se considera como uno de los mas profundos y seguros del reino, habilitado para el comercio de América y cabotaje. Rodéala una antigua muralla, y defiéndenla una ciudadela y un castillo, aunque no susceptibles de larga resistencia. Posee tenerías, fábricas de jabon y sombreros, y hace algun comercio marítimo. Su población segun el último censo es de 8,214 habitantes. Vigo es memorable por la desgracia que el año de

1702 acaeció á la flota de España, y destrozó que los ingleses y holandeses hicieron con su armada á los franceses que defendían el puerto. En marzo de 1809 los paisanos dirigidos por el general Murillo, sitiaron y obligaron á rendirse á 1,500 franceses. En los primeros días de abril de 1846 se sublevó contra el gobierno de dicha ciudad el brigadier don Leoncio Rubin con toda la guarnición; púsose en comunicación con don Miguel Solís, jefe de estado mayor de la plaza de la Coruña, y al frente de 2,500 hombres apoyaba sus proyectos; pero fueron desbaratados, sofocando inmediatamente la rebelión las tropas del gobierno.

CÁRLOS III Y GIBRALTAR.

Mucho se ha hablado en estos días sobre la recuperación de Gibraltar por España, pero nadie ha concedido un recuerdo glorioso al gran monarca Carlos III, que pensó en dicha recuperación, pero por medio de las armas, imposible entonces lograrla como ahora, por las vías diplomáticas. Verificada la conquista de Mahon, y en guerra con los ingleses, volvió Carlos III sus miras contra Gibraltar, y sabido es cuán inútiles y desgraciados fueron los esfuerzos que hizo para apoderarse de ella después de dos años de sitio. Pero la gloria de haber acometido semejante empresa ¿quién podrá negarla? Ciertamente que no debemos hoy intentar recobrar aquel célebre peñón rompiendo hostilidades contra nuestra cara aliada la poderosa Albion; pero al tratarse de este patriótico asunto, debía evocarse el nombre de Carlos III, que no vaciló en recobrar por la fuerza lo que nos había arrebatado la intriga.

CUENTOS MORALES.

DELFINA Ó LA CURA FELIZ.

(CONCLUSION.)

Agata mientras tanto, besaba las manos de Enriqueta. Simon no se atrevía á hablar, pero levantaba los ojos al cielo, y sus miradas expresaban su agradecimiento: todos los criados bendecían á su joven ama, y contaban de ella mil rasgos de su buen corazón. Mad. Steinhause y el doctor se felicitaban de tener una hija tan buena. Enriqueta escuchaba tantos elogios con modestia y con enternecimiento: todo se lo iba á contar á su madre, y le decía: —«Sin vos, sin vuestros tiernos cuidados, no podría gozar de la dicha que hoy siento. ¡Ah! mamá, acabad de corregir todos mis defectos, y me hareis aun mas digna de vuestro cariño.»

Por la tarde, cuando Delfina se halló sola en el establo con Mad. Steinhause, se sentó sobre sus rodillas y mirándola con ternura le dijo: —«¡Ah! señora, ¡cómo habeis podido sufrirme hasta aquí, á mí que soy tan diferente de Enriqueta! ¡Qué odiosa os debo haber parecido!—Mucho es ya sentir sus defectos, contestó Mad. Steinhause, por lo demás hace algunos días que os conducís mucho mejor; todo el mundo nota en vos un cambio hácia el bien. —¡Ay! prosiguió Delfina, ¡cuán lejos estoy aun de parecerme á la amable Enriqueta! ¿No me irrité ayer mismo dos ó tres veces, hasta el punto de incomodarme? ¿Y hoy, no he insultado á Mariana, y he regañado á Catau? A propósito de Catau, ¿me he acordado siquiera de pedirle perdón por haberle dado un bofetón cuando llegué aquí? ¡Pobre Catau! ¿Cómo me atreví á pegarle á ella que es tan buena!... ¡Ah! señora, mandadla venir, os lo ruego: quiero que vea que me arrepiento de corazón.»

Mad. Steinhause llamó á Catau, que vino al momento. Delfina, aproximándose á ella con las manos juntas, suplicó á Mad. Steinhause que sirviera de intérprete, y se escusó con verdadera sinceridad. Mad. Steinhause iba traduciendo en alemán lo que ella decía: —«Buena Catau, añadió Delfina con una gracia encantadora, si me perdonais, dejadme que bese la mejilla que tuve la fatalidad de herir.»

Catau, enternecida, por respeto no se atre-

via á moverse; pero Delfina se echó á su cuello, la besó con cariño y con verdadero placer, porque sentía que esta acción enmendaba otra bastante mala. Catau se marchó enjugándose los ojos arrasados en lágrimas, diciendo en alemán que Delfina era una señorita muy buena. En cuanto se hubo marchado, Delfina abrió un armario y sacó una pieza de muselina: —«Hé aquí un regalo que destino á Catau. —¿Y por qué no se lo habeis dado al momento, preguntó Mad. Steinhause?—¡Ah! no me ha parecido bien; hubiera podido creer que quería de esta manera pagar el bofetón que le di. Entonces este regalo, en vez de agradarle, la habria ofendido. No creo yo que con dinero se pueda enmendar una mala acción: ¿me hubiera perdonado Catau con sinceridad, si hubiese yo hecho como que quería comprarle mi perdón?—Teneis razón, dijo Mad. Steinhause: eso es delicadeza; conservad por siempre semejantes sentimientos, y vuestra generosidad parecerá mas noble, teniendo todas vuestras acciones un encanto inexplicable.»

En aquel momento vinieron á anunciar la llegada de un correo de parte de Mad. Melita. Traía una carta para Delfina, en que su madre le decía que le pidiera cuanto deseara, preguntándole también cuáles juguetes le gustaban mas. Después de haber leído la carta, Delfina suspiró, y rogando á Mad. Steinhause que escribiera en su nombre á Mad. Melita, le dictó la siguiente carta:

—«Querida mamá, os agradezco vuestra amabilidad; mas ya no me gustan los juguetes; voy á deciros, ya que me lo mandais, lo que me agradaría en este momento. Hay aquí una aldeana vieja, muy buena y muy pobre; es verdad que su nieta se va á casar con un rico viñero, mas como el dinero lo guardará el marido, quizá no dé á su abuela tanto como la joven deseara, al menos así me lo temo; y sin embargo, quisiera que la buena mujer no careciera de nada. Le tengo mucho cariño, no solamente porque es buena, sino también porque es madre; lo siento dentro de mí, siempre daré con mas gusto á una madre que á cualquiera otra. Mad. Steinhause cree que la pobre aldeana seria feliz con una pensión de 50 escudos; por eso, querida mamá, os ruego que me mandeis, en lugar de los juguetes que me ofrecéis, la pensión de 50 escudos: al momento se la entregaré á la abuela. Tendría mucho gusto de regalarle una pieza de tela de algodón, para que tenga un vestido nuevo el día en que se case su hija. Adios, querida mamá; mi salud mejora de día en día. Mad. Steinhause es muy buena para conmigo, y por mi parte me tendría por muy feliz, sino estuviera lejos de mi querida mamá: al menos su retrato no se separa de mí, todos los días lo beso, diciéndole *buenos días y buenas noches*, y entonces sobre todo se entristece mi corazón al pensar que me encuentro á cinco leguas de ella: sino fuera por esto me alegraría mucho de estar aquí, tanto mas, cuanto que este punto es delicioso: dicen por aquí que habrá muchas cerezas este año. A propósito, mamá, tened la bondad de decir á mi doncella que le estoy criando un estornino, aunque sé que escribió á Mad. Steinhause que estaba segura de que *yo habria ya pellizcado á la señorita Steinhause mas de veinte veces*. Esto decía en su carta, lo cual me ha afligido mucho, ¡pues si supierais hasta qué punto tendría que ser mala para pellizcar á Enriqueta!... De todos modos no volveré á pellizcar á nadie en toda mi vida. Adios, querida mamá; recibid mil besos de vuestra hija.—DELFINA.»

A los tres días recibió Delfina muy grata contestación de su madre, y en vez de una pensión de 50 escudos para la aldeana, madama Melita le enviaba una letra de 300 libras, sin olvidarse del vestido nuevo para el día del casamiento. Delfina, llena de gozo, llevó al momento su regalo á la buena mujer, que con este nuevo beneficio se sintió completamente feliz. Su agradecimiento y el de Agata, los elogios de Mad. Steinhause, las tiernas caricias de Enriqueta hicieron que Delfina sintie-

ra una satisfacción, de la cual no había nunca tenido idea hasta aquel momento; porque para conocer la extensión de una felicidad tan pura, es menester haber gozado de ella. Por la tarde, Delfina preguntó á Mad. Steinhause cuánto dinero había gastado Mad. Melita para asegurar la renta de 300 libras. —«Sobre 1,000 escudos, contestó Mad. Steinhause, porque esta pensión no es mas que vitalicia. —¡Cómo! ¡Con 1,000 escudos se puede proporcionar con qué vivir á una persona que no tiene nada!... Mi aderezo de diamantes ha costado precisamente 1,000 escudos... Y decidme, señorita, ¿qué placer os proporciona ese aderezo?—¡Oh! ninguno: me gusta cien veces mas una rosa; y cuando pienso que con 1,000 escudos se puede sacar por siempre de la miseria á un desgraciado sin recursos, no comprendo ya cómo hay quien compre diamantes.»

Dos días después de esta conversación, Agata se casó con Simon. La boda se celebró en casa de Mad. Steinhause; se pusieron mesas en el huerto, debajo de unos grandes nogales plantados sin simetría sobre el hermoso césped esmaltado de margaritas y de violetas; unos treinta aldeanos de las cercanías se sentaron alrededor de las mesas, y Mad. Steinhause hizo los honores en la de los recién casados. Después de comer se bailó sobre el césped hasta la noche, y Delfina, participando de la alegría general, dijo á Mad. Steinhause: —«Los bailes de París no me han divertido nunca del todo; pero ahora ¡qué fastidiosos me parecerán!—El verdadero placer, contestó Mad. Steinhause, no se encuentra sino en el campo; y cuando se ha disfrutado de él, los placeres que pueden ofrecer las ciudades parecen insípidos y pesados.»

Delfina encontró en el mes de julio el campo mas hermoso todavía; algunas noches de luna se daba largos paseos con Mad. Steinhause y Enriqueta. Por lo demás, teniendo ya mucha afición á estar ocupada, no se aburría ni un solo momento: unas veces leía ó escribía, otras trabajaba y aprendía con Enriqueta á dibujar flores, á secar plantas, cuyos nombres y propiedades le preguntaba; también empleaba en buenas acciones el dinero que Mad. Melita le remitía todos los meses para sus pequeños gastos. Querida de todos, contenta consigo misma, cada día se consideraba mas feliz; ya no se notaban en su rostro aquella languidez, aquel abatimiento que había alterado sus facciones mucho tiempo; sus ojos estaban animados, eran brillantes, y tenía toda la frescura de la juventud. Sabiendo ya andar bien, correr y saltar, había adquirido en cuatro meses mas gracia que le hubieran podido dar todos los maestros de baile de París. Al principio del mes de agosto, el doctor le anunció que ya podía abandonar el establo, y al momento fue conducida á un cuarto muy bonito, arreglado de antemano para ella. Delfina sintió gran alegría al verse establecida en una habitación agradable y cómoda: la ventana daba al valle; las hermosas vistas, la limpieza del suelo y de los muebles la encantaban. —«Esplicadme, decía á menudo á Mad. Steinhause, ¿por qué este cuartito me parece tan hermoso, y por qué me fastidiaba tanto en el que tenía en París, á pesar de ser mucho mayor y mas hermoso que éste?—Lo primero, contestó Mad. Steinhause, vuestra habitación de París daba á un pequeño jardín, muy triste y rodeado de altas paredes; luego, cuando vinisteis aquí, no conocíais sino los placeres falsos, es decir, los que pueden proporcionar la vanidad, la magnificencia y el gran mundo; como esos placeres no son mas que imaginarios, cansan con mucha facilidad; así es que estábais ya hastiada de todo: no teniendo ninguna idea de los verdaderos, os moríais de fastidio: tal era vuestra situación. Habeis vivido en medio de una abundancia demasiado grande para apreciar las comodidades y el placer de una vida modesta y arreglada: no gozábais de nada, porque nada os dejaban desear. Las cosas mas agradables se vuelven insípidas y hasta fastidiosas, sino se

sabe hacer uso de ellas con medida: voy á daros un ejemplo. Os gustaban mucho las flores; he visto que encontrábais gran placer en buscar las violetas: ¿por qué ese gusto particular por una flor tan humilde, gusto que tienen como vos todas las niñas? Esto es porque la violeta está oculta entre las hojas, porque es menos comun que el tomillo, porque es preciso buscarla; si se criara en los campos con mucha profusion, dejaría de agradaros y no haríais mas caso de ella que del césped. Las producciones del arte son sin la menor duda inferiores á las de la naturaleza; por eso cansan con mucha facilidad: sin embargo, tienen tambien su mérito y pueden proporcionar algun placer, pero solamente á las personas moderadas. Si llenais vuestra habitacion de objetos de porcelana, pronto os disgustarán esos mismos objetos. Si vais todos los dias al teatro, concluiréis por aburrirlos en él. Si empleais demasiado tiempo en la mesa, si os sirven manjares demasiado estraños, comereis sin apetito, y por consiguiente sin placer. Asi sucede con todas las cosas de las cuales se abusa: cuando quiere uno satisfacer por completo sus deseos, no hace uno mas que extinguirlos: por eso acordaos siempre que el escape de las cosas superfluas, lejos de contribuir á la verdadera felicidad, la destruye totalmente. Pensad tambien en que el lujo no deslumbra sino á los tontos, y no proporciona ni un solo placer verdadero; no hay nada mas incómodo que la magnificencia. Pendientes de diamantes estropean las orejas; un vestido recamado de oro abrumba y araña las manos; las joyas, los adornos preciosos no sirven mas que de incomodidad y de sujecion; si hubiérais llevado ayer un delantal guarnecido de encaje, no hubiérais cogido tantas rosas silvestres en aquellos matorrales llenos de espinas, donde se quedó la mitad de vuestro vestido, y no hubiérais vuelto á casa tan alegre, tan contenta. La magnificencia no es menos incómoda en los muebles: por mi parte me gustaria mucho mas habitar siempre vuestro establo que esos brillantes salones donde se está obligado á andar y á sentarse con tanta precaucion. ¿Qué lástima tengo de los que son esclavos de sus riquezas! La vanidad que los extravía de continuo, podría, si fuera mejor comprendida, enseñarles los verdaderos medios de adquirir la consideracion que tanto anhelan; en vez de ostentar todo ese lujo, ¿por qué no se dedican á hacer el bien?... «No cabe duda, dijo Delfina, que se harian apreciar de todo el mundo; y aunque así no fuera, ¿no se tiene ya bastante satisfaccion en hacer el bien?—Entregándose á todas esas fantasías, prosiguió Mad. Steinhausse, gastando todo el dinero en cosas superfluas, se endurece el corazon, y concluye uno por corromperse.—¡Ah! exclamó Delfina, sea cual fuere mi fortuna en el porvenir, nunca me echará á perder; seré moderada, me acordaré del fastidio que me acosaba en medio de una abundancia escesiva, me acordaré de que he tenido que pasar cuatro meses en un establo para hallarme en estado de sentir el valor de muchas cosas que antes me causaban, y sobre todo de que hay en el mundo personas desgraciadas; de que la dicha de poder aliviarlos es la mayor que se encuentra durante la vida.» Esta conversacion se terminó por las mas espresivas gracias de Delfina á Mad. Steinhausse; ésta última tenia en efecto derecho al agradecimiento de Delfina, puesto que le habia enseñado á raciocinar, á pensar, á sentir. Delfina permaneció todavía dos meses en casa del doctor, donde acabó de perfeccionar su carácter y de restablecer su salud. Por fin, á principios del mes de octubre tuvo la alegría de ver de nuevo á su madre. Mad. Melite la estrechó en sus brazos con verdadero gozo, y apenas la conocia ya. Delfina habia crecido mucho, y al mismo tiempo habia engordado y tenia muy hermosos colores. Mad. Melite, cumplidos ya sus deseos, la contemplaba, la estrechaba contra su pecho, la besaba, queria hablar y no podia expresar su escesiva alegría,

sino con sus lágrimas. Mad. Steinhausse, al ver su felicidad, gozaba en silencio de tan dulce escena:—«Me la entregásteis moribunda, dijo por fin, yo os la devuelvo rebosando salud, y lo que aun vale mas, os la devuelvo buena, dulce, sensible, razonable, en fin, digna de causar vuestra felicidad. Sin embargo, es tan jóven, y está tan poco desarrollada, que si no se tiene con ella ciertos cuidados, podría temerse una recaída: si quereis evitarla, hé aquí el régimen de vida que debe seguir: no es riguroso, pero es necesario.—Yo os prometo que lo seguirá, contestó Mad. Melite; dádmele.»

Y tomando el papel que le ofrecia madama Steinhausse, lo leyó en alta voz:

Receta del doctor Steinhausse.

«La señorita Delfina pasará seis meses del año en el campo; en París, irá de tarde en tarde al teatro, hará mucho ejercicio á pie, hasta en invierno; solo comerá pan al almorzar y al merendar, menos en tiempo de la fruta; no llevará sino vestidos sencillos, que sean cómodos y ligeros.

»Para preservarla del fastidio, se la proporcionarán libros instructivos y divertidos, y no se le tolerará que esté un momento ociosa; si por acaso se entregase á la tristeza, seria menester recordarle la historia de la abuela de Agata, y el bien que ha hecho á esa pobre mujer: no apartándose de este método de vida, la señorita Delfina, conservará su salud, su alegría y la felicidad de que hoy goza.»

Mad. Melite aprobó en todo este régimen, y prometiendo que lo seguiria exactamente, dió á Mad. Steinhausse las mas espresivas gracias. Al año siguiente compró una casa en el valle de Montmorency, cerca de la de Mad. Steinhausse. Delfina apreció toda su vida á esta última, como debia, y conservó para con Enriqueta la mas sincera amistad. Llegó á ser una persona encantadora, de mucha instruccion y de mucho talento; buena, razonable, bienhechora, era admirada y querida de todos los que la trataban; su madre la eligió un esposo digno de ella, de quien labró lo felicidad, y el que la hizo por su parte enteramente dichosa.

MAD. DE GENLIS.

TORNEOS DEL SIGLO XV.

«En la condicion medio bárbara, medio civilizada del siglo XV, época que ni pu de colocarse en los tiempos antiguos ni en los modernos, porque participa de los caracteres de unos y otros, los regocijos públicos veíanse muchas veces salpicados de sangre, porque se manejaban en ellos los aceros, pudiéndoseles aplicar el refran: *juegos de manos, juegos de villanos*, pues si bien terciaban en ellos los caballeros, sus resultados eran los que pueden esperarse de mandobles y lanzadas. Hallábanse por otra parte muy en boga las ideas peregrinas de cuentos mágicos, cautiverios de damas, encantamientos y raras aventuras, y así las fiestas de la corte, tanto en Aragon como en Navarra y en Castilla, ofrecian lances interesantes en verdad por la bizzarria de los que justaban en ellas; pero tambien mientras poblaban el aire los melodiosos acentos de los atabalejos y chirimías, oíanse los ayes del malhadado caballero que durante el torneo tenia la desgracia de quedar herido.

Oigámos cómo un testigo de vista nos explica las fiestas que en el año 1428 se celebraron en Valladolid para festejar á la infanta doña Leonor que iba á Portugal á casarse. El rey don Juan el II, el infante y todos los magnates, se esmeraron á porfía en obsequiar á la novia; y los castellanos, que en aquel reinado no fueron turbados muchas veces por las algaradas de los sarracenos de Granada, pudieron disfrutar del espectáculo de espléndidas justas pagadas por reyes, y en que tambien sus reyes tomaban parte.

«La primera fiesta fue el torneo de cincuenta por cincuenta en plaza: é en cada cabo de

ella habia dos torres con todos sus amaños de guerra, que con ser de madera é lienzo pintado, semejava que fuesen de piedra berroqueña, é junto á ellas habia tiendas bien adobadas é apuestas sobrecubiertas de telas de sedas de muy varios visos, é de ellas salian los caballeros al llamado de los aventureros: que en llegando á las puertas de las torres tiraban sus palafreneros de la campana que en cada torre habia, y daban tantos golpes con el badajo como querian, en señal que para tantas lanzas desafiaban al mantenedor de aquella torre. La primera torre era del infante don Enrique, que con grande apostura y con grande amaestramiento del cabalgar de la brida enmostró toda la tarde.»

«En esta justa pasó una mala ventura, ca dió un desemejable encuentro á Gutierre de Sandoval de que otro dia murió, Alfonso de Urrea, que muy diestro de este arte es é por eso le llaman en Aragon el justador: é viéndolo Alonso de Urrea caído é ferido, é como conoció que era Gutierre de Sandoval, que no le conociera de primero é era su muy amigo, é justaban muy á menudo por su placer, é otros con ellos, se apeó é le metió en su tienda, é mas no justó de angustia grande que ovo. Despues desta justa el infante fizo una gran sala é tabla al rey de Navarra, é á la reina doña Blanca, é á la infanta doña Leonor, é á sus hermanas, é á su mujer, é al príncipe, é á todos los grandes. En un cabo los dos reyes, é las reinas, é infantas, é dueñas de porte que fueron á ver la fiesta; é en otro cabo el príncipe, el infante, é los grandes caballeros estrangeros y naturales: é á todos dió el infante dádivas azaz cumplidas, é al príncipe un cogote de ayrones (1), el mas cumplido que se ha visto; é se fizo despues un yantar tan cumplido á menestres é palafreneros, que yantaban trescientos. E diz que gastó el infante ende nueve mil florines.»

«El otro dia el rey de Navarra fizo su fiesta. Mandó facer un castiilo tan ancho é tan alto que cabia el rey dentro cabalgando é armado é lleno de plumajes é guarnimientos su señoría y el caballo que era muy poderoso: é delante de su señoría eran cuarenta caballeros armados de arneses fabridos azaz. E en llegando á la plaza se abrió el castiilo, é los caballeros se partieron veinte acá é veinte allá: é el rey de Navarra con seis caballeros se puso á mantener la tela. Los seis caballeros del rey de Navarra eran Mons de Falces, Berenguel Bardaxi, Pierres de Peralta, Juan de Luna, Rocaberti, é Mosen de Abarca. El condestable salió por aventurero é justó con el rey de Navarra, é seguíanle doce caballeros de su casa, conviene á saber: Juan de Silva, Alonso Perez de Vargas, Inestrosa, Garci Fernandez Portocarrero, Lope Alvarado, Pantoja, Francisco Carabajal, é otros que non supe sus linajes; é fue justa sin aciago. E á la noche el rey é todos los de la fiesta del infante fueron á San Pablo, á donde en un corralon habia el rey de Navarra fecho facer una gran sala de Estado, é allí con mucha orden é concierto fueron á las mesas: é la sala era cubierta de paños de valor; é la parte donde el rey é la reina é las infantas, é el príncipe eran, estaba bien cubierta de finos brocados. E despues ovo danzas... E la infanta doña Leonor llevó la gala de bien apuesta é graciosa.»

«Pasada esta fiesta del rey de Navarra, el rey don Juan fizo su fiesta, é fue mantenedor de la justa, é se apareció en traje de montero en pos de doce caballeros de la misma manera trageados, es á saber: con venablos en las manos, é bocinas en las espaldas: é llevaban treinta monteros de á pie un leon furiente atado delante, é un oso disforme: é los monteros iban pulidamente ataviados de colorado é de verde, é llevaban por igual... Para esta justa eran señalados veinte caballeros aventureros de la casa del rey de Navarra, é del infante. Ruy Diaz de Mendoza, mayordomo mayor del rey, fiz justa con su señoría, é el rey quebró en su armadura tres lanzas: é

(1) Seguramente plumas para adornar el casco.



Los bailes de candelil.

des quel rey se apeó, envió á Ruy Diaz el caballo en que habia fecho la justa, que era muy fermoso é paramentado de muy fino brocado carmesí, con cortapisas de cebellinas, en que asaz hay para facer un par de capotes. E á la noche se yantó é bayló como en las otras: é el rey mandó á Ruy Diaz de Mendoza que fuese muy cumplida la sala, é que se ficiere otro yantar en la casa del rey á todos los peones forasteros, é de la calle de la casa del rey é del rey de Navarra, é del infante, é de los otros grandes. En pos desta fiesta el condestable fiz la suya, que fue un torneo de cincuenta por cincuenta caballeros, los unos blancos é los otros colorados, que asemejó mas á batallas que alegrías: é las acometidas que unos ficeron á los otros, dieron gran contentamiento á todos, ca fueron de muy areros. Caidos fueron dos criados del condestable, Zayas é Finestrosa, é Alonso de Estúñiga, fijo de Fernan Lopez, que le destriparon el caballo é luego cabalgó en otro. El condestable llevó la loa de ardido, é andó acá y allá del torneo, é mostró que le habian mostrado bien el Bohemio el cabalgar á la brida, porque andó tan tieso como si con la silla fuera uno.»

Tales eran las diversiones de los españoles en el siglo XV, entrando en ellas la variedad que el gusto y las ideas especiales de la época no podian menos de imprimirles. Un conocido escritor de aquellos tiempos, en una carta que dirigió en 1434 al arzobispo de Sevilla, le explicaba cuán atareado andaba el condestable don Alvaro de Luna, cuidando en Valladolid de armas, empresas y atavíos para dar placer al rey, refiriéndole del modo siguiente algunos de los regocijos con que los guerreros castellanos se esplayaban. «Ayer se fiz la justa é metió en las tiendas tantos caballeros del rey é de su casa, tantos amarillos como verdes, que los unos con los otros justaron. El rey salió como aventurero al desimulo, é tomó por contrario á Diego, hijo del adelantado Pedro

Manrique, que era el que mas orgulloso andaba. El rey fizo menuzas en él la lanza, é luego fizo él semejante en Juan Merlo. E á la noche el condestable fizo mesa abierta á los caballeros: é mañana se fará una buena encamisada á lo morisco.» Podrian ser muchas las relaciones de fiestas y regocijos, tanto públicos como particulares, que robadas al olvido en que yacen en antiguos libros y en los pergaminos de nuestros impenetrables archivos, darian mayor conocimiento de las costumbres y aun de los trages de aquellos remotos tiempos. Una idea del espíritu galante y caballeresco del siglo XV, puede obtenerse con la lectura de aquellas célebres coplas de Jorge Manrique, poeta de la misma época, que principian:

¿Qué se hizo el rey don Juan?
¿Los infantes de Aragon,
qué se hicieron?
¿qué fue de tanto galan,
qué fue de tanta invencion
como trujeron?
Las justas é los torneos,
paramentos, bordaduras
é cimbras,
¿qué fueron sino devaneos?
¿qué fueron sino verduras
de las eras?
¿Qué se hicieron las damas,
sus tocados, sus vestidos,
sus olores?
¿Qué se hicieron las llamas
de los fuegos encendidos
de amores?
¿Qué se hizo aquel trovar?
¿las músicas acordadas
que tañian?
¿Qué se hizo aquel danzar?
¿y aquellas ropas chapadas
que traian?

LOS BAILES DE CANDIL.

Las costumbres antiguas están decayendo rápidamente. Se ha perdido el tipo madrileño de la *manola*, y se están perdiendo los bailes de candelil. No se pierde por cierto gran cosa, porque de ellos, de esas fiestas caseras del pueblo salian las mas de las veces camorras de fatales consecuencias. Pero todo prueba que los tiempos adelantan, la civilizacion cunde, las clases bajas toman el aire y el gusto de las altas, los que bailaban á la luz de un candelil, bailan ahora á la luz de mil faroles de colores, entre enramadas y kioscos iluminados á la veneciana, con fuegos artificiales y grandes orquestas. Y lo que eran bailes populares son ahora bailes de salon en deliciosos jardines. Las costumbres se modifican y mejoran, y los bailes de candelil pasarán al fin al repertorio de la historia. Cierto que esos bailes tan modestos como malaventurados han dado motivo á romances y composiciones poéticas de nuestras mas célebres plumas. Ningun poeta ha dejado de tributarles sus mas bellas imágenes, pero hoy ¡oh fatalidad! verse relegadas esas fiestas á los pueblos menos acomodados donde no se cuenta con una mediana sala de baile ni con media docena de músicos.

REFRANES HIGIENICOS.

Langosta, hace la tripa angosta.
Cierra tu puerta, y harás tu vecina buena.
Hilo y aguja, media vestidura.
Pan con ojos, y queso sin hoyos.
So la sombra del nogal, no te pongas á recostar.
Ni cama sin cabezales, ni tintero sin cendales.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 dias despues de su publicacion.
PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Libreria de Gaspar y Roig, Principe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martin, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 51; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Doenao, calle de Jacometrezo, 65, y en la publicidad, por saje de Mathen.
En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los correspondientes de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.